

Pero apenas ve éste que sus adversarios le arrancan el pan que con tanta solicitud lleva á su desgraciada hermana, cuando lanzando un grito de dolor hace llegar hasta su morada el eco de su desesperacion y de su angustia; y antes que aquellos miserables logren saborear el fruto de su rapiña, el noble *Alí*, con la poderosa rabia que le inspira su penetrante instinto, cae sobre ellos como un rayo, causando en sus cuerpos no pequeño destrozo.

El grito espantado de: *¡Está rabioso!* dado providencialmente por otro vecino de los que se habian asomado, pone en precipitada fuga aquella banda de vagabundos, terminando así tan desagradable escena.

Pocos momentos despues entran en la boardilla el niño de la blusa, la mujer encargada de cuidar á su hermana y el fiel *Alí*, que trayendo en la boca un pedazo de la disputada rosca, en señal de su victoria va á deponerlo junto á la cabecera de la cama de su afligida ama.

La vecina, que á su vez tambien trae un panecillo y alguna otra cosa, que no puedo distinguir, consuela y tranquiliza á la enferma.

Esta, despues de haber tomado el caldo y comido un poquito de pan en union de su hermano y de *Alí*, que el uno sentado en la cama y el otro echado á los piés de la misma han participado de tan frugal refrigerio, se ha quedado triste y pensativa como lo está siempre, contemplando la ráfaga pasajera que allá en el horizonte se destaca azulada sobre el encendido fondo del Occidente.

¡Infeliz criatura!

¡Cuán doloroso es ver marchitarse temprana una flor que debiera esparcir quizá el aroma de su virtud y de su filial ternura sobre la arrugada frente del encanecido autor de sus dias que ahora

agota sus fuerzas para criarla y verla despues ser su consuelo!

¡Qué triste es ver languidecer en la melancolía un ser cuyos iguales rien y juegan placenteros, mientras él no puede participar de su infantil ventura!!

¡Y qué monótono y angustioso ha de ser tambien no ver en todo el dia más que el pájaro que vuela ó el torbellino de humo que arroja la chimenea impulsado por el viento!

—
La vecina ha encendido luz y ha cerrado la ventana. Nada veo ya.—¡Acaso ese par de ángeles, bajo la custodia del incansable y fiel *Alí*, cierran juntos una noche sus párpados y al amanecer se encuentren separados para siempre!...

¡Pobres niños desamparados!

PLANTAS INDÍGENAS.

I.

Pues ello es preciso ver á la sobrina de mi amigo.

Los dias van trascurriendo y ninguna razon puedo darle de su encargo.

Vamos allá.

Aquí es: subamos.

—¿Está en casa la señora Doña Angustias?

—Sí, señor.

—Gracias á Dios.

—Pase V. á la sala, que ahora saldrá.

—¡Hola! ¡un lorito!

—¡Para España, para España y también para Portugal!

—¡Caramba!—¡Este lorito es unionista!

—¿Eres casado?

—¡Já, já, já!... ¿A tí que te importa?

—Tiene razón.

—Señora, á los piés de V.

—Caballero, ¿qué tiene V. que mandar?

—He venido tres días y no he tenido el gusto de encontrar á V.

—¿Y con qué fin? porque como no tengo el honor de conocerle, me figuro que vendrá V. equivocado.

—¿No es V. la señora Doña Angustias Fernandez, viuda de Zalea?

—Sí, señor; Angustias me llamo, y viuda soy... pero....

—Pues entónces, señora, si así es y tiene V. un tío en Cifuentes, rico hacendado, que se llama D. Torcuato, V. es sin duda su sobrina, á quien me encargó buscarse en esta calle, casa, número y cuarto, para entregarle los 4,000 rs. de que V. tiene noticia.

—¡Noticia! ¡noticia! ¡buena noticia!

—¡Calla, lorito!

—No seas tonta.—¡Las Noticias! ¡Las Noticias!

—Siento en el alma que se haya V. molestado tantas veces; pero como estoy sola, ¡me aburro tanto de estar en casa!...

—Ya lo creo.

—Es muy triste haber perdido la única compañía que nos puede ser grata....

—¡Yá! ¿Hace mucho tiempo que está V. viuda?

—¡Ay!... ¡Tres años y medio!

—¿Y no piensa V. casarse otra vez?

—Nó basta pensarlo.—¡Hay tan mala cosecha de novios todos los años!

—Es verdad, señora; no sé en qué consiste, pero el clima de España ha variado mucho y las recolecciones dan poco de sí.

—¡Oh! y si viviera V. en Madrid, ya vería cuánto tizon tiene el trigo que se vende para amasar panes de boda.—Además, ¿quién me ha de querer á mí siendo ya una viuda vieja?

—Señora, si la vejez se representase por una figura tan hermosa y tan lozana como la que V. tiene, todos anhelaríamos llegar á viejos cuanto antes.

—¡Já! ¡já! ¡Qué lisonja tan galante!

—¡*Las Novedades* y *La Correspondencia!*...

—¡Silencio, lorito!

—*No me acomoda.*

—Conque, señora, si V. me permite voy á entregarle los cuatro mil reales y á retirarme.—Hoy escribiré á D. Torcuato, diciéndole que está cumplida su comision.

—¿Tan pronto se va V?

—Sí, señora, si V. no dispone otra cosa.

—¿Ha venido V. á Madrid por mucho tiempo?

—Por un mes, dia más, dia ménos.

—A divertirse, ¿no es verdad?

—A negocios y á gastar un poquito de dinero, porque ¡hay tantas tentaciones!

—Pues cuando se puede se gasta; si una cosa gusta, alcanzarla; este es mi sistema.—¡Es lo único que hemos de sacar de este mundo!

—Señora, cosas hay, no obstante, que no se alcanzan por más sacrificios, en metálico, que se esté dispuesto á hacer.

—¿Cree V. eso? Desengañese V., con fé y con esperanza se busca la caridad; y como siempre van juntas....

—¡*El Amor, la Gacetilla* y *El Cascabel!*

—¡Jesús qué diablo de lorito!—¡Mira que te encierro!

—Aquí tiene V. cuarenta monedas de á cinco duros.

—¿Y le he de dar á V. recibo? ¿ó basta que escriba yo á mi tío?

—Señora, D. Torcuato nada me dijo; luego yo

no debo exigírselo; además, si V. le escribe....

—¡Cuánto siento que se marche V. tan pronto!

—Si V. me lo permite, vendré á ofrecerla mis respetos otro dia.

—Tendré muchísimo gusto en ello, y le suplico sea lo más pronto y á menudo que sus ocupaciones se lo permitan.—¡Ah! ¿Su nombre de V?

—Aquí tiene V. mi targeta y las señas de la casa donde estoy parando.—A los piés de V.

—Beso á V. la mano.

II.

Vaya, D. Ramon, ya empiezan las aventuras. ¡Es mucho Madrid este!

—La viudita es buen bocado.—¡Y qué amable!

—Casi casi parecía un poquito demasiado amable.—¡Pero báh!—¡Este será otro presentimiento ilusorio como el que experimenté el dia pasado en la Fonda española!

Sin embargo, aquellas miradas.... aquel acento intencional en sus palabras....

Hombre, ¿qué tendria de particular que yo le hubiese parecido bien?—Aun soy jóven, rico, bastante elegante, nada tonto; y no porque sea de Cifuentes he de ser la antítesis del amor.

En fin, ya veremos.

¡Y la carta que he de mandar á D. Torcuato?... A la noche ó mañana, ¡qué prisa hay! Si su sobrina le escribe, que sí le escribirá, ya verá que he cumplido su encargo.

Ahora vamos á la oficina donde han de despachar mi solicitud, á ver si sé algun resultado, y luego hablaremos.

En la antesala donde esperan los pretendientes, se encuentran varios de estos aguardando á que

el oficial que tiene mi asunto llegue y les dé audiencia.

Parece, según dice el portero, que su S. S. no ha vuelto aun del Congreso, á donde ha tenido que ir por cierto asunto del servicio.

Mas un pretendiente afirma que el asunto será del servicio de S. S. y no del de la nacion.

Una señora, que de paso nos cuenta que es viuda á la vez de dos intendentes y de otros dos jefes de administracion, y que dice conoce á S. S., asegura que donde quizá estará, será en casa de su peluquero, porque es extremadamente dado á la compostura y al acicalamiento de su persona.

Y otra viejecita, de aspecto necesitado, verdadera imágen de las clases pasivas, dice que no hay semejante Congreso ni semejante peluqueria, sino que aun no habrá salido de su casa.— Y como la viuda *cuádruple* la mira desdeñosamente, añade aquella con intencion:— Aunque yo no he tenido cuatro maridos á un tiempo, tambien conozco mucho á S. S.

Todos se quejan del tiempo que se les hace perder, de los muchos empleados que hay, y afirman, por último, que todos estos son idénticos.

Pero un señor de los que allí se encuentran hace observar lo aventurado de la última aseveracion sentada por los concurrentes, y expone que si hay muchos empleados, tambien hay cada dia infinitos pretendientes más, que hacen necesario el mayor número de aquellos para atender á tanta solicitud, á tanta peticion y á tanta exigencia; que si es cierto que el pretendiente pierde tiempo y paciencia, no necesitan poca los que han de escuchar los diversos clamoreos, á veces caprichosos, de cualquiera que, solo por ser solicitante, se cree con un derecho incontrovertible á ser atendido y servido con preferencia á todos los demás; y en suma, que funcionarios públicos

como el que todos íbamos á ver, son afortunadamente una excepcion de la regla.

—

Mientras esto se decia en la antesala, oia yo, aunque confusamente, otra conversacion que tenia lugar en la habitacion inmediata, cerca de cuya mampara estaba sentado y junto á la cual permanecia de pié el portero.

Los pretendientes continuaron hablando entre sí en voz baja, luego que aquel caballero hubo terminado su observacion, y de este modo, disminuyéndose el ruido, pude distinguir lo que en la otra estancia se decia.

—¿Conque estaba V. anoche en el Teatro Real? Pues no le ví á V.

—Sí, señor; yo no pierdo funcion.—¡Qué diablos!—Para eso estoy abonado.—¡Y más ahora que ha llegado por primera vez la Patti!—Es un ángel cantando esa chica.

—¡Hombre!—No sé: yo no acabo de comprender... en fin, para mí es un gilguerito, y nada más.

—Permítame V., señor director, que le explique las razones en que los inteligentes en el arte se apoyan....

—¡Bueno! ¡bueno!... Para mí es un gilguerito.—Conque vamos, ¿qué haria V. en el caso que marca este expediente?

—¿En el caso que.... Yo le diré á V.... Primero veria si se podia ó no se podia... luego... si no se podia ó si se podia.... y apoyado en esta lógica, daria mi resolucion.

—Sí, pero como es un caso nuevo, hay que establecer jurisprudencia.

—Cabalmente, jurisprudencia; eso, eso digo yo.

—Pues ponga V. una comunicacion al Gobierno con este objeto.

—En seguida, señor director.

Acto continuo suena una campanilla, y el portero entra en aquella habitacion, saliendo en seguida y diciendo á uno de los pretendientes: Pase V.

Entra. —No he oido lo que él ha dicho, pero sí he oido al empleado contestarle: *Está al despacho.*

Entran otros tres sucesivamente.

Tampoco oigo más que repetir tres veces seguidas: *Está al despacho.*

Tócale el turno á la señora viuda de cuatro, la cual con voz clara y elevada, dice desde la puerta:

—Beso á V. S. la mano.

—Señora, *está al despacho.*

—¿El que?

—Señora, lo que V. pide.

—Yo no pido nada, he saludado á V. S.

—Es igual; vuelva V. dentro de ocho dias. —
¡Otro!

El portero hace pasar á la viejecita.

—Dios guarde á V. S., señor.

—Está negado.

—¿Cómo?

—Porque hay una Real orden que así lo previene.

—¿El que Dios guarde á V. S.?

—Nó, señora; lo que V. solicitaba.

—¡Pero señor!...

—Nada, señora, no hay más señor, sino que está negado.

III.

Sale la vieja compungida y llorosa; y yo, para suavizar un poco el severo laconismo que el señor oficial usa en sus audiencias, ruego al portero le entregue, antes de que llegue mi turno, una tarjeta del diputado de mi distrito, que de antemano me ha dado este para él.

Delante de mí hay aun dos personas á quienes corresponde entrar.

Han pasado diez minutos desde que ha salido la viejecita, y nadie entra.

Viene el portero, y me dice que pase.

S. S. me sale al encuentro, me alarga la mano y me suplica tome asiento un instante, porque tiene que dictar una comunicacion urgentísima.

Accedo á su indicacion, y dirigiéndose él á un escribiente que hay en otra mesa, le dicta:

—Excmo. señor.—Coma.

—Excmo. Señor.—Coma.

—Siendo preciso que.—Coma.

—Siendo preciso que.—Coma.

—El jefe de esta dependencia.—Coma.

—El jefe de esta dependencia.—Coma.

—Que coma la dependencia del jefe....—Punto y coma.

—Que coma la dependencia del jefe....

—¡Qué atajo de desatinos está V. poniendo ahí! Traiga V. aquí esa minuta. No sirven VV. para nada. A ver, déme V. tambien el expediente.

—Aquí está.

—¡Eso es! ¡Cosido con hilo blanco, en vez de estarlo con hilo encarnado!—¡Así va todo! ¡Qué dirá el Gobierno!—Y luego se llamarán VV. hombres entendidos!... ¡Vaya V. con Dios!

Y volviéndose á mí me dice:

—Dispense V., amigo mio. ¡Pero aquí, ó lo ha de hacer uno todo, ó de lo contrario.... ya ve V!—Pues lo mismo es con el jefe; por otro estilo.—No ha de tomar resolucion ninguna sin que yo le dé ántes mi parecer, mascadito, y explicadito, y clarito.... ¡Vamos! ¡luego dicen!

—¡Conque V. querrá saber en qué estado se halla su solicitud, no es verdad? prosigue diciéndome mientras se arregla al espejo el tieso y almidonado cuello de la camisa, el lazo de la corbata y un ricitito del cabello que en su pasada cólera se habia separado media línea de los demás.

- Si V. S. tiene la bondad de decírmelo....
- Deje V. el tratamiento.—Pues.... *Está al despacho.*
- ¿Para despacharse pronto?
- Sí, sí, *Está al despacho.*
- ¿Y cree V. que es cosa asequible?
- ¡Psi! Yo le diré á V... En fin, *al despacho está* y haremos cuanto se pueda, si no hay alguna Real orden en contra.
- ¿Y cuándo podré volver?
- Cuando V. guste.—Todos los días.
- Es que tengo otras cosas que hacer.
- Pues entónces no vuelva V.—Ya se correrán las órdenes.—Diga V., ¿habrá V. venido á oír á la Patti? Es un ángel esa chica. Y nuestro amigo el diputado, ¿qué dice de estas cosas?...
- No le he visto hace días.—Si V. me permite me retiro.
- Beso á V. la mano.—Nada, vaya V. descuidado que su asunto *está al despacho.*

En la escalera me he encontrado con aquel señor que ántes nos habló de los empleados, y le he suplicado me explique, como hombre que parece versado en esto de oficinas, lo que quiere decir la frase sacramental de *Está al despacho.*

—Al despacho está, me ha contestado, toda solicitud ó negocio que entra en una oficina desde el momento en que llega, puesto que para eso va allí, para despacharse.

Por lo tanto, desde que se registra su entrada, se distribuye al negociado, toma en el turno de espera entre los demás expedientes, llega su vez, se extracta, se pone la nota, se da cuenta, recae resolución, se comunica ésta, se pone en limpio y á la firma la misma, vuelve el parte para registrar su salida, y la lleva el portero, mozo ú ordenanza á su destino, está siempre al despacho.

Así es que si en toda esta inmensa tramita-

cion, amen de las dilaciones originadas por consultas y dudas, dictámenes y aclaratorias, hay olvidos, demoras y omisiones en alguna de las infinitas manos por donde tiene que pasar, el asunto no se despacha, pero sin embargo *está al despacho*.—¿Lo entiende V?

—Sí, señor; pero yo creí que *al despacho* quería decir á la resolución definitiva é inmediata.

—Eso creen muchos, y eso es lo que en realidad debe significar; pero.... Dispense V., yo me voy por aquí.

—Pues mil gracias, caballero.... Vaya V. con Dios.

Veo que he hecho mal en venir á la corte por un mes; si hubiese sabido lo que ahora sé, no me hubiera movido de mi pueblo.

Pero á lo hecho pecho, y si pierdo el tiempo por un lado, voy descubriendo en cambio plantas desconocidas en los pueblos y que solo están aclimatadas en Madrid.

PLANTAS ARTIFICIALES.

I.

Esta mañana al levantarme pensé escribir á D. Torcuato; pero calculando que su sobrina lo habria verificado, puesto que á ella le interesa más que á mí, he dejado de hacerlo.

Esto me ha traído á la memoria mi última entrevista con aquella señora.

Y ¡oh dicha!—En el mismo momento me han entregado de parte suya el siguiente billete:

«La señora Doña Angustias Fernandez salu-

da al señor D. Ramon Nogales, suplicándole tenga la bondad de pasar á su casa, á las cinco de la tarde de hoy, para un asunto de interés y para acompañarla á comer, si gusta.—B. S. M. S. S. S.—A. F.»

Este *beso la mano* á guisa de citamiento judicial me ha producido una emocion encantadora.

No hay duda,—para asuntos de interés.—Esto es hecho; la viuda quiere vivir en Cifuentes.

Inmediatamente la he contestado afirmativamente, y poco despues he salido para hacer varios preparativos que creo necesarios para que mi presencia en casa de la bella Angustias produzca un efecto irresistible.

Mas al salir á la calle he recordado que hoy es dia de misa, y me he dirigido á la parroquia más inmediata.

A la entrada en el templo he visto lo mismo que en mi pueblo; muchos mozos parados á la puerta estorbando el paso, y francamente, no podia figurarme que en la capital se conservase una costumbre tan lugareña.

Terminado el santo sacrificio, he visto, al salir á la calle, desfilir el cortejo fúnebre de un elevado personaje, cuyo cadáver, colocado sobre un colosal catafalco, estaba dentro de la iglesia.

Dentro del templo, suntuoso túmulo cubierto de rico terciopelo galoneado de oro; profusion de blandones, candelabros y luces de todas clases; paredes enlutadas; soberbias colgaduras, misas y responsos.

Fuera, magnífico carro fúnebre; infinitos carruajes particulares é innumerables vehículos de alquiler; centenares de pobres con hachas; músicas, y quizá más de mil convidados para dar pompa y ostentacion al cortejo.

Descienden el ataúd, colócañlo en el féretro, y la comitiva se pone en marcha, llenando el aire

con el eco de los cánticos religiosos y de los sonidos de la música.

Puertas y balcones véñse atestados de gentes que admiran tanto lujo; y por la calle no se puede penetrar al través de la inmensa muchedumbre que obstruye el paso.

Pugnando por conseguirlo, van al mismo tiempo en direccion opuesta cuatro hombres que llevan una mugrienta, desvencijada y sucia parihuela.

Tambien salen de la iglesia, pero no por la puerta principal, sino por otra lateral y pequeña.

Aquella parihuela la han sacado, no del templo, sino de un cuarto mezquino, oscuro y apartado que hay en uno de los pasillos del edificio.

Este cuarto es el depósito que en la parroquia hay para los muertos.

La parihuela es el ataúd de los pobres.

Y dentro llevan el cadáver de uno de ellos.

¡Con él no va nadie! — ¡Absolutamente nadie!...

Para el rico, las miradas, la admiracion, el respeto, la gran ceremonia, la ostentacion, las preces públicas y la adulacion á su familia y al rango del finado, llevada hasta la tumba, límite extremo puesto por la Providencia para atajar allí la soberbia del hombre.

Para el pobre, indiferencia, inquietud por lo que al pasar estorba, repugnancia por lo asqueroso del ataúd en que lo llevan; ¡silencio, soledad y abandono total de todos sus semejantes!...

¡Miseria humana, tan pequeña como nuestra talla comparada con la inmensidad del espacio!

¡Diabólica ceguedad que nos impide mirar hácia el cielo y ver que al mismo tiempo que depositan al poderoso en el suntuoso mausoleo comprado con sus riquezas, y al pobre lo arrojan en la mísera fosa comun, allá en la divina mansion del Eterno caen á un tiempo en brazos del Omnipotente, amoroso Padre de todos los nacidos, las almas de ambos con igual bondad acogidas, con

igual misericordia juzgadas é igualmente perdonadas, sin otra distincion que la de los vicios ó las virtudes que en la tierra practicaron!

¡Flores artificiales de deslumbradores matices, pero de ningun aroma, con que cubrimos cuidadosamente el lodo de que estamos hechos!

II.

Así que la multitud de espectadores se disipa, vuelvo á acordarme de la invitacion de Doña Angustias y de que es preciso que me acicale y me ponga lo más bonito que puede ponerse un individuo del sexo feo.

Lo primero que necesito es cortarme el pelo, rizarlo, peinarlo y afeitarme; para lo cual no he de entrar en la primer barbería que al paso encuentre, sino en un establecimiento de lujo, donde al tenor de éste se halle la perfeccion en el arte.

Busquemos los rótulos y acertaremos.

Alto: aquí hay uno cuya muestra revela el nombre del propietario á despecho de la moral pública.—Pasemos.

Aquí hay otro que dice: *Peluquería de Correos*.

En este no tendrán tiempo para nada, si han de servir á todos los empleados del ramo.—Solamente para atender á los carteros necesitan doscientos mancebos por lo ménos.

Allí.—¿Qué dice?—*Afan*.—¡Zapel! si tienes afan, es señal de que trabajas con exceso; y pobre del que ponga su cabeza entre tus manos.

A ver este otro:—*Barbería—Viuda de—Peluquería*.—*Sí—Sí*.

¿Qué es esto? Una barbería viuda, y viuda de peluquería.—¿Es decir, que estaban casadas siendo las dos hembras?—Vaya, bien han hecho en poner debajo—*Sí—Sí*, que es como quien dice: cuéntaselo á tu abuela.

En aquella calle veo otro rótulo: examinémosle. *Sí—se afeita—Sí.*

Bueno; pero si no se corta y riza el pelo, ya no me sirve.—Además, ¿quién será este *Sí* doble?—Si yo supiera música, podría descifrar este par de notas, entre las que hay un compás de espera tan largo que da tiempo para que se afeite cualquiera.

Un amigo á quien despues encuentro, me dice que en mi escursion debo haber pasado por otros muchos establecimientos de los que busco, y que si no estoy despachado ya es por mi culpa.

—¿Y en qué los he de conocer? le he preguntado.

—¡Tóma! en el nombre de los dueños, que está puesto en las muestras.

—¿Y todos los nombres que hay solitos por esa inmensa multitud de muestras son de otros tantos peluqueros?

—Todos nó; pero varios de ellos sí.

¡Veán VV. lo que son las cosas!—Yo he visto infinitos rótulos donde dice: —*Fulano, Zutano, Mengano* á secas, y he creído que serían los nombres de otros tantos hombres célebres nacidos ó fallecidos en aquellas casas.—Más aún; me he acusado de ignorante al no poder acertar á punto fijo si acaso serían competidores ó rivales de Cervantes, de Ercilla, de Colon, de Pizarro, del duque de Alba, de Calderon, de Floridablanca, de Feijóo ó de Jovellanos.

Esto prueba que mis escasos conocimientos en floricultura me hacen confundir fácilmente las flores artificiales con las verdaderas.

Pero entre una cosa y otra el tiempo vuela y la hora de ir á casa de Doña Angustias se va acercando.

Salon para afeitar y para cortar y rizar el pelo.

Vamos, ¡gracias á Dios!—El dueño de este establecimiento, por lo ménos, ó no aparenta rubor ninguno en hacer pública su profesion, tan

honrosa cómo la que más, ó no se imagina que su fama es tan universal como la de tantos otros, que con poner sus apellidos á la puerta, creen que ha de ser bastante para que todos los habitantes del globo adivinen quiénes son y de lo que se ocupan.

Afeitado, pelado, rizado, empolvado y perfumado, corro á mi casa, me compongo y marchó á la de esa Angustias, que tantas empieza ya á causarme.

III.

Esta vez no soy yo quien espera.

Es ella la que me aguarda, coquetamente ataviada y sentada en su gabinete.

Por lo tanto, el lorito no se halla presente á nuestra entrevista.

Pero en cambio hay un jóven que apenas raya en los veinte años, alto, delgado, descolorido y barbilampiño.

Doña Angustias, á quien en virtud de su afable invitacion creí encontrar afectuosa y risueña, me recibe con cierta urbanidad glacial que me desconcierta.

—¿Se divierte V. mucho en Madrid? me pregunta.

—Señora, así así.

—Sará V. forastero, exclama desdeñosamente el pollo.

—De Cifuentes, para servir á V.

—¡Ah! sí; ese pueblo está en Galicia.

—Nó, señor, que está en la Alcarria.

—Pero, Arturito, dice la viuda, ¿cómo ignora V. eso habiendo viajado tanto?

—Porque ese lugar no estará en ninguna línea férrea, y yo no viajo sino por ferro-carril.

—Para exponerse á un percance, solamente

por capricho, replica Doña Angustias con cierto disgusto cariñoso.

—Qué quiere V.; me gustan las emociones violentas.—Tengo gana de descarrilar, ó de encontrarme en un choque.

—¡Jesús! ¡qué horror!

—Pues ahí verá V., señora.—¡Tengo gana de descarrilar, hombre! ¡qué quiere V. que le diga!

—¡Vaya! ¡calle V. por Dios! continúa diciendo con zozobra Doña Angustias.—Me va V. á hacer el gusto de no marcharse esta noche.

—¡Já! ¡ja!... ¡No será cosa!

—Conque diga V., señor D. Ramon, ¿ha oído V. ya á la Patti? me pregunta Doña Angustias.

—Aún nó; pero ya se que es una maravilla.

—¡Oh, dicen que es un portento! repite la viuda.

—¡Divina! ¡divina! exclama el pollo con entusiasmo.

—A pesar de que, añade Doña Angustias, tambien se que es una chiquilla enfatuada que sale á la escena como si fuese á jugar al corro en la plaza de Oriente.

—¡Calumnia! grita el pollo; eso lo dicen los coristas de la Zarzuela.

—Nó, señor, replica la viuda; lo dicen varias señoras; así como que no puede compararse con la majestad de la Lagrange.

—Pues si lo dicen las señoras, basta, contesta Arturo.—Ya está explicado el enigma. ¡Como la Patti es jóven y bonita!... pues.

—Es que lo dicen tambien los hombres.

—Cuando hablen con esas otras señoras; pero cuando hablen entre sí, es posible que no digan lo mismo.

—¡Pero V. no la ha oído? pregunté yo á Doña Angustias.

—¡Ay! nó, señor, y harto lo siento.

El pollo se levanta, coge el sombrero, saluda y desaparece.

—¿Y cómo es que no ha ido V. aún á ver á esa notabilidad filarmónica?

—¿Qué quiere V? por no ir sola....

—¿Tan poco galantes son sus amigos de V. que renuncian ó evitan el orgullo de acompañar á una dama tan bella?

—¿Qué amable es V!—Pero como yo no tengo amigos.... Y mire V., esta misma noche hubiese ido de buena gana, porque canta en el Barbero de Sevilla.

—¿Y V. cree que se encontrarán billetes á última hora?

—Entre los revendedores, sí.

—Pues vea V. una bonita ocasión para que la oigamos los dos, si V. me dispensara la honra de permitirme me ofrezca á acompañarla.

—¡Jesús! Eso no puede ser.

—¿Y por qué?

—Porque no está bien....

—No hablemos más del asunto, y en llegando la hora probaremos á ver si la suerte me es propicia.

IV.

Poco á poco Doña Angustias ha ido presentando en su fisonomía diversos puntos de vista capaces de seducir al más austero anacoreta.

Desde el gesto de estudiada frialdad con que me recibió, ha pasado al de la indulgencia para venir al de la bondad, de éste al de la afabilidad, al de la amabilidad, al de la condescendencia; ¡y ojalá no reserve la severidad y el desden para coronar la fiesta!

Hemos comido solos, y durante este acto me ha hecho un sin número de preguntas relativas á mi estado, á mi posición, á la de D. Torcuato, á quien dice que ha escrito dándole las gracias por

el recuerdo que de él ha recibido por mi mano.

Después ha vuelto á quejarse amargamente de lo triste que es vivir sola, atendida á una corta renta y á las bondades de su tío el señor D. Torcuato; de lo caro que cuesta todo en Madrid, por más economía que quiera hacerse; de las necesidades que tiene una señora de cierta clase para presentarse decorosamente en la sociedad; de sus deseos de encontrar un hombre de juicio y de posición desahogada, para probar si era cierto aún lo que yo le he dicho respecto á su hermosura física y moral, y hemos terminado por hablar de la solicitud que tengo entablada, motivo de mi venida á esta capital.

—Mucho me temo, me ha dicho, que si no cuenta V. con un poderoso influjo para el oficial que ha de despacharla, no llegue jamás el caso de resolverla.

—Ya le he llevado una targeta del diputado de mi distrito.

—No es poco eso; pero como no vaya él en persona....

—Mejor fuera así, efectivamente; más yo no puedo exigirselo.

—Pues entónces.... ¿Cómo se llama ese señor encargado del asunto?

—Don N. de T.

—¡Jesús! pues ya tenemos cuanto se necesita.

—¿Y cómo?

—¡Ah!—Forzoso es decirlo; pero será preciso hacer un sacrificio.—Mire V.: una amiga mía; es decir, amiga íntima nó.... pero en fin, es persona de poderosa influencia con ese caballero, y....

—Comprendido, señora; todo cuanto V. haga está bien hecho, y mucho más cuando lo que á mí me importa es que se me conceda lo que solicito cuanto ántes, aunque sea sacrificando una parte de los intereses que juegan en el asunto.

—¿Y asciende á 200,000 reales?

—Sí, señora.

—Pues veremos: mañana mismo me ocuparé de eso.

Después de haber tomado el café he salido en busca de dos butacas del teatro Real, mientras la viudita, por si acaso las encontraba, se ha quedado arreglando su tocado.

No se si la suerte me ha favorecido, porque si bien he hallado los asientos, creo que el revendedor ha leído en mi rostro que soy de Cifuentes, y me ha hecho pagar por aquellos la friolerilla de doce duros.

Pero no había más encargados de proporcionar al público solaces económicos que él, ni tampoco tenía ya más que las dos últimas butacas que le quedaban.

La palabra estaba dada, y no era caso de retroceder.

V.

La alegría de Doña Angustias ha sido inmensa al saber que por fin iba á oír á la Patti.

Entramos en el mismo coche que tomé al ir en busca de los billetes, y hétenos aquí ya en el teatro Real, en el mismo momento en que empieza la deliciosa sinfonia de *El Barbero*.

Si he de ser franco, declaro que desde esta noche soy partidario acérrimo de la Patti.

Lo cual ha puesto á la viudita de muy mal humor, durante algunos momentos de nuestra permanencia en el régio coliseo.

En cambio yo también los he tenido de asombro al notar la poca diferencia que hacen algunos concurrentes, personas bien vestidas, entre una plaza de toros y un templo del arte, centro de reunion de las gentes cultas, donde solo se debe respirar civilizacion y decoro.

Tambien esto prueba lo mucho que abundan las flores artificiales.

A la ida, y en los entreactos, Doña Angustias ha estado tan seductoramente amable conmigo, que hasta en el disgusto que ha manifestado al notar mi entusiasmo por la sublime artista, me prueba qué si me determino á exponerle mis deseos de escoger para cónyuge una mujer tan guapa como ella, no he de tardar en saber la resolucíon, quizá favorable, de esta nueva instancia, tanto tiempo como la de mi peticíon al Gobierno.

Y bien pensado, yo soy soltero, ya estoy próximo á doblar el cabo de Buena-Esperanza en la azarosa navegacion de la vida, necesito cuidados y una compañía que ilumine con su presencia ese caos que rodea la existencia del célibe talludito.

Decídome, pues el momento es oportuno.

—¿Ve V., me dice, aquella señora jóven y bonita y aquel caballero que están en el segundo palco de platea á la derecha? pues son recien casados.

—¡Qué felices deben ser!

—¿Envidia V. su suerte?

—Mucho.

—Pues en su mano de V. está el hallarse en igual caso, si es que la felicidad cree V. que consista únicamente en estar unidos en santo matrimonio.

—¡Ah! Yo no sé en lo que consistirá su nueva dicha, pero me refiero precisamente á su nuevo estado.

—Pero falta saber si es de su agrado.

—¡Pues no lo ha de ser! ¿cómo pudieron si no escogerle?

—Es que uno de los dos pudo no haberle escogido, sino haberle sido impuesto.

—Es yerdad; pero la mujer siempre escoge.

—¿Y V. por qué no lo hace?

—Porque no he de ser yo la que primero hable.

—¿Y si yo le dijese á V. que si de hablar el primero se trata solamente, me atreveria á proponerme como candidato, por más que parezca pretension atrevida?

—Entónces.... tal vez.... Vaya, ¡esto es una broma!

—Tan léjos está lo que digo de ser chanza como....

—Chist, ¡silencio!—Ya empieza el último acto.

La representacion ha terminado.

Al salir del teatro y entrar en el coche, no se cómo ha sucedido, pero la viudita se ha enganchado el vestido, haciéndose un desgarron tremendo, que segun ella dice, no tiene compostura. Su aficcion es inmensa: era el mejor traje que tenia: acababa de estrenarlo y le habia costado tres mil reales.

Ciertas frases consoladoras que pronuncio, entre las que se entreoyen palabras que indican la posibilidad de remediar el mal al dia siguiente, la tranquilizan del todo.

Y reanudando la cuestion interrumpida al empezarse el último acto de la ópera, obtengo de parte de Doña Angustias fundadas esperanzas de que accederá á ser mi esposa.

En este momento llegamos á su casa, donde entra, despidiéndose de mí con marcada afabilidad hasta el dia siguiente, en que debo volver para arreglar lo del influjo para el oficial que tiene mi instancia, lo del vestido roto, y más que nada nuestro proyecto de enlace.

¡Dios haga que esta rosa, símbolo de tantas esperanzas, no sea tambien artificial!

VI.

Estoy acalorado; necesito que me dé el aire; en aquel teatro Real hace un calor insoportable.

Despido el carruaje y vuelvo á mi casa á pié. Es la una de la madrugada.

El tránsito de las gentes por las calles es escaso: por algunas no pasa nadie.

Al entrar en la que habito, hallo tendido en el suelo un hombre anciano, pobremente vestido.

Al pronto pienso si estará borracho; pero deteniéndome á examinarle, noto á la indecisa luz que despide el hermosísimo gas con que Madrid está alumbrado, que su fisonomía revela un desfallecimiento absoluto.

—¡Buen hombre! ¿está V. enfermo?

Nada me contesta.

—¿Le ha dado á V. algun insulto?—¿Vive V. léjos de aquí? Yo le acompañaré.

El anciano solloza, se incorpora, y ayudado por mí se levanta con dificultad suma.

En este momento llega un sereno, que trae en un cinto enorme de suela más de veinte llaves colocadas unas al lado de otras.

—Hola, *amigu*: parece que el *tintu* está barato.

—Este buen señor no lo ha probado, contesté yo; y entre ambos debemos conducirle á su casa, porque su debilidad es extrema; su rostro revela dolor y miseria: el deber y la caridad nos mandan, á V. y á mí, que no le abandonemos.

—*Pús* acompañelo V., que yo no soy el sereno del Ayuntamiento.

Al decir esto suena una voz que grita: ¡Domingo! y el sereno de las llaves echa á correr en direccion del que le llamaba.

El desfallecido anciano parece que se ha re-

animado un poco; me dirige su triste mirada y con débil voz me dice:

—Dios recompense á V., caballero, su compasion hácia mi.

—¿Qué le ha pasado á V? ¿Se ha caído, ó es que se ha visto atacado de algun accidente?

—La extremada miseria en que me veo, me responde, me ha obligado ya á salir esta noche á implorar la caridad pública.—Pero la vergüenza que me causa verme en tan angustiosa situacion al cabo de mi dilatada carrera y al final de mi vida; la falta de alimento sin duda; el mucho tiempo que he pasado de pié y andando; la amargura de tener que implorar una limosna que me es negada por muchos, que acaso me confunden, como el sereno, con los viciosos y vagabundos; y el terrible dolor que me causa el considerar que con tan efímero como incierto recurso no he de poder atender á la subsistencia de mi pobre mujer, tambien anciana, me abruma hasta perder cuanta fuerza y resignacion pudiera quedarme...

Ya me retiraba á mi casa, cuando de pronto se me ha anublado la vista.... he perdido el sentido, y no se despues lo que me ha pasado....

Tengo hecha una solicitud para que mi mujer y yo seamos admitidos en un establecimiento de beneficencia.... pero mientras se nos concede esta última gracia, los dias corren y el sustento nos falta.... y con él las fuerzas físicas, que ya nos hubieran abandonado, si nuestra profunda resignacion cristiana....

Mientras esto decia, habia ido el anciano marchando trabajosamente apoyado en mi brazo.

Llegamos, al terminar su relato, á otra calle inmediata, donde se detiene delante de una puerta que dice ser la de su casa.

—El cielo premie la caridad que V. ha tenido conmigo, me ha dicho.

—Tenga V. mucha confianza en que la Providencia jamas nos desampara, le he contestado al

mismo tiempo que le he dado dos ó tres monedas de oro que me quedaban en el bolsillo.

El anciano, al verlas, vierte abundantes lágrimas y se cubre el rostro.

Después me suplica me retire, puesto que para subir hasta su habitación no necesita mi auxilio por haber recuperado algunas fuerzas, enciende un fósforo y se despide, bendiciendo al Todopoderoso por su infinita misericordia.

Y yo vuelvo á tomar la dirección de mi casa profundamente afectado, al considerar la amarga situación de aquel desgraciado, en el que, á favor de la luz que había encendido, acababa de reconocer á D. Nicomedes, el cesante que por primera vez había visto en la Puerta del Sol.

Antes de llegar á mi habitación, se oyen gritos y la voz de una mujer que dice: ¡A ese pícaro ladrón!

Un hombre de mala traza pasa huyendo por junto á mí.—Nadie le persigue.

Veinte pasos más allá encuentro al sereno, á quien pregunto:

—¿Que voces son esas?

—Yo no *lu se*, porque estaba abriendo la puerta al *vecino* del número 17.

—Y á ese hombre que corria ¿cómo no le ha detenido V. oyendo que gritaban ladrones?

—Porque yo no soy el sereno del Ayuntamiento.

—¿Y dónde está ese caballero?

—Fuése al cuarto: porque como yo estoy aquí hasta la madrugada, *dijume*: Si ocurre algo, ahí estás tú, *Domingu*.

Con tan convincente respuesta me he dado por satisfecho.—Continúo mi camino; llego á mi casa, llamo, y espero largo rato sin que nadie me abra.